

EL CASCANUECES Y EL REY DE LOS RATONES (Adaptación del cuento de E.T.A. Hoffmann)

En la penumbra de una fría Nochebuena, la pequeña Marie –una niña compasiva, soñadora y de mirada dulce– esperaba junto a su hermano Fritz la llegada de los obsequios. Fritz era un muchacho enérgico, impetuoso y obsesionado con las marchas de soldados y los sables de juguete. Cuando las puertas de la sala se abrieron de par en par, la luz del árbol navideño descubrió una fiesta de colores y prodigios; entre ellos, un elaborado castillo mecánico fabricado por el padrino Drosselmeier. Este padrino era un personaje extravagante, de rostro lleno de arrugas, parche negro en el ojo derecho, peluca blanca de cristal y manos maestras para desarmar relojes antiguos. Sin embargo, más allá de los soldados relucientes y las danzas mecánicas del castillo, la atención de Marie fue atrapada por un pequeño ser que aguardaba en silencio al pie del árbol: un hombrecillo de madera con uniforme violeta de húsar, capa rígida a la espalda y una amplia sonrisa bondadosa. Su oficio familiar consistía en partir nueces con su fuerte mandíbula de madera.

Fritz, llevado por su afán de poner a prueba la fuerza del recién llegado, comenzó a meterle en la boca las nueces más duras y toscas que encontró, hasta que un crujido seco resonó en la sala: tres dientecillos cayeron al suelo y la mandíbula del muñeco quedó rota y descolgada. El muchacho se burló de su torpeza, pero Marie, conmovida por la mirada triste y herida del hombrecillo, lo arrebató de sus manos, envolvió sus maderas lastimadas en un pañuelo de seda y juró protegerlo de cualquier peligro.

Al sonar las campanadas de la medianoche, la casa quedó sumida en un silencio inquietante. Marie se había quedado a solas en el salón para acostar al muñeco herido dentro del armario de cristal de los juguetes. De repente, los engranajes del viejo reloj de pared comenzaron a chirriar con un ronroneo siniestro. La figura del padrino Drosselmeier pareció agazaparse en lo alto del reloj cual pájaro nocturno, y desde las rendijas oscuras del piso brotó un murmullo de pisadas furtivas. De la sombra emergió una bestia aterradora: el Rey de los Ratones, un roedor monstruoso y corpulento coronado por siete cabezas independientes, de colmillos brillantes y chillidos ensordecedores.

Ante la invasión, el armario cobró vida por puro prodigio. El herido Cascanueces, revelando un corazón valiente y noble, saltó de su lecho, desenvainó su diminuta espada y convocó al ejército de muñecos y soldados de plomo para repeler a las hordas enemigas. Se desató una feroz batalla sobre la alfombra; pero las tropas de plomo vacilaron y la marea de ratones acorraló al pequeño comandante de madera contra los cristales. Viendo a su protegido a punto de ser devorado por las fauces del monstruo de siete cabezas, Marie venció el terror, se descalzó la zapatilla izquierda y la arrojó con todas sus fuerzas contra el rey enemigo. Un cristal se quebró en pedazos, un dolor ardiente atravesó el brazo de la niña y el mundo se desvaneció en una profunda oscuridad.



Marie despertó días después en su propia cama, con el brazo vendado y bajo los cuidados de su madre. Todos aseguraban que la sangrienta batalla nocturna no había sido más que un delirio causado por la fiebre del corte. Mas la visita del padrino Drosselmeier trajo una luz muy distinta. Con una sonrisa enigmática y su parche negro inmóvil, el relojero sacó de su bolsillo al Cascanueces completamente curado, con su mandíbula ajustada y sus dientes relucientes. Al ver la fascinación de Marie, el anciano decidió revelar la verdadera historia oculta tras la figura del muñeco.

Años atrás –relató el padrino–, una princesa mimada llamada Pirlipat había sido maldecida por la bruja y soberana de los roedores, doña Ratonilda, quien la transformó en un ser deforme y cabezón en venganza por la muerte de su prole en las trampas del palacio. La única forma de romper el maleficio era que un muchacho que jamás se hubiera afeitado partiera con sus dientes la invencible nuez Krakatuk y caminara siete pasos hacia atrás con los ojos cerrados. Fue el propio sobrino del padrino Drosselmeier –un joven apuesto, leal y de modales intachables– quien logró partir la nuez y devolver la lozanía a la princesa. No obstante, al retroceder el séptimo paso, el joven pisó accidentalmente a la bruja Ratonilda. En su último suspiro, la pérfida criatura lanzó su venganza: transformó al joven en un grotesco muñeco de madera y prometió que su hijo, el futuro

Rey de los Ratones con siete cabezas, lo perseguiría sin tregua. La ingrata princesa Pirlipat, al ver al salvador convertido en un monstruo, lo expulsó del reino con desprecio.

Al comprender que el muñeco era en realidad aquel joven valiente atrapado bajo una injusta apariencia, la compasión de Marie se transformó en una lealtad inquebrantable. Esa convicción pronto fue puesta a prueba. Durante las noches siguientes, el Rey de los Ratones regresó a hurtadillas, subiendo a la mesilla de noche para intimidar a la niña entre silbidos hediondos. El tirano amenazaba con destrozar a mordiscos al muñeco si ella no le entregaba sus tesoros más preciados. Noche tras noche, Marie sacrificó sus dulces, sus figuritas de mazapán y hasta sus libros ilustrados con tal de salvar a su amigo indefenso.

Cuando las exigencias de la bestia amenazaban con no tener fin, el Cascanueces cobró un instante de aliento y le rogó a Marie una sola cosa: un arma digna. Ya no quería esconderse tras los sacrificios de la niña. Marie



acudió a Fritz, quien, avergonzado al saber que sus tropas de plomo habían sido cobardes, aceptó ceder la espada de plata de uno de sus viejos oficiales de caballería retirados. Aquella misma noche, armado con el acero reluciente y fortalecido por la fe de su protectora, el noble Cascanueces se batió en duelo definitivo contra el monstruo de las siete cabezas y lo derribó para siempre. Al clarear el alba, el héroe se arrodilló ante Marie y le entregó las siete coronas de oro del tirano caído como homenaje a su fidelidad.

Como agradecimiento, el guerrero de madera la condujo a través del viejo armario del pasillo hacia un portal secreto que abría las puertas a su verdadero hogar: el Reino de las Muñecas. Marie caminó asombrada por prados de azúcar garrapiñada, cruzó el río rumoroso de la limonada y navegó sobre un lago de aguas rosas tirado por delfines dorados hasta alcanzar el resplandeciente Castillo de Mazapán. Allí, las hermanas del héroe recibieron a Marie con reverencias y lágrimas de dicha, aclamándola como la salvadora que había rescatado a su príncipe del olvido.

Cuando Marie despertó a la mañana siguiente en su habitación, sus relatos volvieron a chocar contra la incredulidad de los adultos. Sus padres atribuyeron las siete coronitas a viejos adornos del reloj del padrino y le advirtieron con severidad que abandonara aquellas fantasías si no quería ver a sus juguetes arrojados por la ventana. Fritz se desentendió del asunto, y Marie tuvo que guardar un silencio prudente, aunque su corazón permaneció fiel a lo que había vivido.

Tiempo después, mientras contemplaba al inmóvil Cascanueces en el estante de cristal, Marie pronunció desde lo más hondo de su ser unas palabras sinceras: jamás lo hubiera despreciado por su rostro de madera como lo hizo la princesa Pirlipat, pues la verdadera nobleza reside en los actos y en el alma, y no en la cáscara exterior. Al instante se oyó un estruendo que sacudió la estancia. Marie cayó desmayada y, al abrir los ojos, descubrió junto a su madre al padrino Drosselmeier en compañía de un gallardo muchacho. Era su joven sobrino, liberado por fin del hechizo, con su porte elegante, su trenza dorada y una mirada radiante de gratitud.

A solas con Marie frente al armario, el joven hincó una rodilla en tierra para confesarle que su devoción y su corazón puro habían roto la maldición que la fuerza bruta nunca pudo deshacer. Tomados de la mano, sellaron una promesa que el tiempo convirtió en un destino compartido, marchando juntos a gobernar el deslumbrante Reino de los Confites, un lugar donde los prodigios y la magia siguen vivos para todo aquel que mira el mundo más allá de las apariencias.